

Enrique Molina

IV

EN QUE CONSISTE EL PROGRESO.—SUS CAUSAS, MODALIDADES Y PRINCIPIOS.



VEAMOS modo ahora de formarnos un concepto de lo que podemos entender por progreso. La idea común a sus creyentes se expresa en la convicción de que el presente sea superior al pasado y de que el porvenir lo será al presente: fórmula, que con todo el encanto de fe que tiene, es demasiado ingenua y simplista.

Si examinamos genéticamente lo que es progreso vemos que su germen primordial está formado por una idea nueva. En todo progreso, ya sea industrial, económico, jurídico, literario o artístico, debemos observar, antes de su realización plena; ese carácter esencial de empezar por ser un chispazo que ha iluminado la mente de algún hombre. La idea nueva es, por su origen inmediato, de naturaleza personal, cualesquiera que sean los antecedentes sociales que la hayan incubado y sea cual sea el valor social que vaya a tomar luego por obra de la difusión, proceso en que influirán

también las propias circunstancias sociales del momento. ¿Será acaso esa idea sólo un brote de un espíritu objetivo existente fuera del hombre o del espíritu del pueblo, conforme a la concepción hegeliana? Sea como fuere, y sin perjuicio de volver sobre este punto más adelante, la conciencia individual marca la línea de luz en que la idea surge claramente sobre el horizonte de nuestra intuición. De aquí en parte la razón del respeto debido a la conciencia y a la libertad de pensar y de emitir el pensamiento.

Forman excepciones aparentes de lo que acabamos de decir los casos en que se alcanza el progreso por imitación y asimilación de adelantos extraños, como es propio de los pueblos de cultura rezagada en algún sentido. Decimos que son aparentes, porque en realidad se trata de la simple propagación a través de las diferentes fronteras de la onda de un mismo progreso, cuyo principio inicial fué a todo evento una idea nueva. Y cuando se designa con el nombre de progreso, como es frecuente y cómodo, al crecimiento y desarrollo natural de los organismos individuales y sociales, podemos decir que se presenta una excepción también aparente al principio con que indicamos el punto de partida de todo progreso. Porque si se trata de organismos que obedecen a direcciones conscientes, han debido, para guiarlos en su desarrollo, intervenir ideas nuevas, y esto no se puede negar, aunque el rastro de ellas se haya perdido; y si se trata de organismos de orientación inconsciente no se halla bien empleado el

término progreso, cuando se quiere decir crecimiento y desarrollo.

En el orden técnico o industrial, la idea nueva se llama más bien invento. Hay definiciones del progreso fundadas en este exclusivo aspecto, como cuando se expresa que el progreso consiste en que el hombre dilate su apoderamiento de la naturaleza y su poderío sobre las cosas, agregando que para tal fin dispone de la ciencia como principal instrumento. Pero ¿da lugar todo invento o idea nueva a aplicaciones siempre beneficiosas para la humanidad? Muy lejos de esto. Dejemos a un lado algunos adelantos materiales que constituyen una adquisición neta para el hombre, como ser la plantación de árboles, el invento del jabón, la extirpación de moscas, ratones, zancudos y de toda clase de gérmenes patógenos, el invento de vacunas para curar o prevenir enfermedades. Fuera de tales casos, los adelantos técnicos, el mayor dominio dado por la ciencia al hombre sobre las fuerzas naturales, la maravillosa explotación de estas fuerzas, los progresos materiales, en una palabra, se prestan por lo general, tanto para el bien como para el mal. Las armas de fuego sirven para que el soldado defienda a su patria como asimismo para que el asesino ultime a su víctima. La navegación aérea permite rápidas y prodigiosas comunicaciones entre los hombres y, por igual modo, que pueblos indefensos puedan ser bombardeados y destruidos casi instantáneamente. Los progresos de la química han enriquecido

la farmacopea con remedios milagrosos y, a la vez, han puesto en manos del hombre los gases asfixiantes y venenos estupendos. Los automóviles han hecho posibles las expeditas atenciones de la asistencia pública, del comercio y de los negocios; pero, al mismo tiempo, sirven para que ladrones y rateros den sus golpes con mayor seguridad.

Lo dicho nos indica que todo invento no significa por sí solo un progreso. Tampoco ninguna idea nueva o que se presenta como tal ha de ser tenida sin ulterior examen como buena. Es menester además que sirva para el bien, o sea, por consiguiente, que sus aplicaciones tengan valor moral y social.

Pero, ¿quién va a encaminar el empleo de los inventos hacia el bien si no es el hombre, el mismo que los desnaturaliza y prostituye, cuando se lo aconsejan sus vicios y malas pasiones?

De aquí que casi todo progreso que entrañe un aumento de poder sobre las cosas presente simultáneamente al hombre un nuevo problema, una nueva encrucijada ética, alternativas imprevistas entre el bien y el mal, que deben inducirlo, en medio del goce de los adelantos conquistados, a mantener y elevar su cultura interior.

No siempre se han detenido los pensadores—y de esto hemos tenido ya algunos indicios—a considerar la idea del bien al definir el progreso.

Para Heriberto Spencer el progreso envuelve, ¿quién no lo sabe? el paso de lo simple a lo complejo, de lo

homogéneo a lo heterogéneo, a través de diferenciaciones sucesivas, proceso que sería común a todo cuanto existe, ya se trate de los cambios que se van operando en la masa de nuestro planeta, o del desenvolvimiento de la vida, o de la sociedad en general, del gobierno, de la industria, del comercio, del lenguaje, de la literatura, de las ciencias, del arte.

Pero esta concepción del progreso más que una definición significa la exposición de la ley misma del desarrollo universal conforme a los principios evolucionistas.

En una actitud semejante se coloca Adolfo Ferrière, cuando estima que el progreso individual estriba en un engrandecimiento del yo, en una toma de posesión del no yo por el yo, y el progreso social en la conservación y acrecimiento de las energías sociales. Entendiendo bien la primera parte se ve que estas proposiciones sólo contienen la ley del desenvolvimiento de todo organismo. (*)

Hay que reconocer que la interpretación evolucionista corresponde exactamente a lo que ocurre cuando se habla del progreso que hace un convaleciente en su salud, un hombre de estudio en sus investigaciones, un comerciante, una sociedad particular, una iglesia, un partido, una institución en sus actividades: esto es, cuando con la expresión progreso se quiere indicar, según es corriente, crecimiento, desarrollo, aumento de fuerzas.

(*) La Loi du Progres en biologie et en sociologie.

Hay otras definiciones que se acercan más al esclarecimiento de la idea del bien. Quien ha dicho que progreso es lo que asegura el aumento de la felicidad humana, (*) concepción que parece acertada si se la toma grosso modo, pero no puede entenderse sino en el sentido de aumento de las condiciones externas que en un medio social dado puedan contribuir a mejorar las condiciones de la vida de los hombres. Que en cuanto a la felicidad misma... este es un problema individual, cuya solución denota un estado de plenitud anímica no siempre fácil de medir y que no puede crecer indefinidamente.

Quién ha visto la fuente y el fin del progreso humano en el cultivo y desarrollo de la personalidad libre, racional y autónoma del hombre (**). Es esta una concepción que no trae mucho de nuevo, pero que, salvo sus aristas bastante afiladas de individualismo, puede marcar una buena orientación para la formación del carácter.

Quién estima de una manera más completa, que el progreso social consiste en el creciente control racional sobre todas las condiciones de la existencia social, ya sean éstas internas o externas, control que se traduciría en una mayor capacidad de experiencia de parte de los individuos y de los grupos, en mayor eficiencia para realizar las tareas de la vida y en mayor

(*) Lester F. Ward.

(**) Boris Sidis.

armonía entre los individuos y entre los grupos en sus relaciones mutuas (*).

Nos parece expresar más íntegramente el contenido del concepto de progreso, decir que él existe cuando podemos anotar un mejoramiento de las relaciones entre los hombres y aumento de poderío humano en el conocimiento y dominio de la naturaleza. Progresos parciales son posible en cada uno de los aspectos indicados o subentendidos en la definición anterior. Bajo la denominación de naturaleza, comprendemos todo cuanto tenga cabida dentro de nuestras facultades de conocer y sentir y sea capaz de impresionarlas: objeto y sujeto, el mundo y nosotros.

Podemos establecer una escala ascendente de bienes, no muy simétrica, si se quiere, pero escala al fin. En los tramos primeros, pasamos por los bienes materiales que son cándidamente inofensivos, como un nuevo medio de aseo y un centenar de pequeños inventos que aunan lo industrial con lo artístico y facilitan y hasta alegran la vida diaria. Luego pasamos por aquellos descubrimientos de carácter material y técnico que como las fuerzas naturales que dominan y señorean, traen en su potencialidad el bien y el mal, colocan al hombre en una alternativa de discernimiento y elección y que, según hemos visto, sólo merecen ser llamados progresos; cuando son encaminados hacia el bien. Por último, encontramos los bienes propiamente espirituales que comprenden desde la cosecha obtenida por el al-

(*) Charles Ellwood, *Sociology in its psychological aspects*.

ma con la labor intelectual y artística, con las vivencias del sentimiento religioso y el buen proceder, hasta las conquistas del derecho y de la organización social. Por supuesto que no debemos concebir tampoco los bienes de los dos primeros tramos como absolutamente desprovistos de toda espiritualidad.

Confirmamos entonces, lo que ya habíamos dicho, de que entre los elementos del progreso desentrañamos como núcleo esencial una idea nueva o invento que debe perseguir la realización de un bien. La idea verdaderamente nueva es un caso de síntesis creadora, de realización del espíritu

¿Comprende lo que acabamos de exponer todas las posibilidades del progreso y de la realización del espíritu? Por cierto que no. Quién cumple simplemente con su deber puede no ser un creador en el campo de la inteligencia, pero es un conservador del orden espiritual. Al hombre le es dado progresar, sin constituir un foco de ideas nuevas, si busca su perfeccionamiento interior, sobre todo ético e intelectual, manadero de la armonía y plenitud de su alma. Este perfeccionamiento significa para él y entraña, según queda dicho en el capítulo primero, la realización de su vida espiritual, llama interior en que pueden ir depurándose y sublimándose las demás inquietudes y peripecias de su vida.

Así todo progreso debe tener como ápice y suprema finalidad, un florecimiento del espíritu.

* * *

Dejando para páginas posteriores el desarrollo de nuestras ideas relativas al espíritu y a la vida espiritual entremos a ocuparnos de cuales puedan ser las causas del progreso y de algunas modalidades que le son propias.

El progreso ha sido sobre todo un tema de hombres de acción o de intelectuales que en sus lucubraciones no han dejado de tener puesta su mira en la acción, como son los políticos, los historiadores, los sociólogos y los educadores. Los filósofos propiamente dichos y los literatos muy poco o nada se han ocupado de él, salvo para negarlo, considerándolo ilusión vulgar o tópico para demagogos. En cuanto a la literatura, a juzgar por buen número de sus obras y sin desconocer los fundamentos que para ello pueda ofrecer la realidad, parece que fuera más fácil hacerla a base de pesimismo y escepticismo. Los artistas y escritores, aunque abominen del arte docente proceden casi siempre movidos por una tendencia a la crítica del mundo y de la situación en que actúan, en parte obedeciendo sin duda a un sincero impulso propio y en parte para conquistarse el beneplácito de los lectores, ya que la naturaleza humana prefiere con mucho al aplauso la censura de los demás. Por esto la obra literaria suele no ser más que la expresión artística, cuando la obra es buena, de los ideales y ensueños de su autor sembrados

en medio de detalles de crítica y maledicencia a veces fundadas. De los poetas cabe decir que adolecen, por lo común, de un pesimismo innato, anterior a toda experiencia.

De lo que se desprende que el optimismo y el progreso, a veces con razón, no sean sus musas inspiradoras y que nuestro asunto sea tema preferente de la historia y de la sociología. Agreguemos, desde luego, que se le ha estudiado a menudo, como si fuera una y misma cosa que la causalidad social y que ésta ha sido señalada de diversas maneras por los pensadores, atribuyendo, a veces con marcada unilateralidad, importancia decisiva ya a un antecedente, ya a otro.

Las siguientes son las principales tendencias que es dado distinguir al respecto:

1.º La geográfica, o sea la que se refiere a la situación y configuración de los países, al clima y a la riqueza del suelo. La influencia de estos factores en la vida de los pueblos ha sido enorme. Todas las civilizaciones primitivas han surgido al amparo de situaciones geográficas favorables, como lo prueba la historia del Egipto, de la Caldea, de la Fenicia, de Grecia, de Roma, de los Incas y de los Aztecas. Sólo por haberse apartado del Mediterráneo y haber ido a establecerse en las inhospitalarias orillas del Mar del Norte y del Báltico, los germanos, que 2,000 años A. J. C. deben haberse encontrado en un grado de cultura muy semejante al de los griegos y romanos, aparecen al principio de nuestra era como bárbaros al lado de sus anti-

guos hermanos de raza. Sabido es cuanto debe la grandeza de Inglaterra y Francia a su situación geográfica, a su clima y a la riqueza de su suelo. Lo mismo cabe decir de los Estados Unidos de Norteamérica y de la Argentina, agregando todavía en favor de éstos países la extensión de sus territorios.

Pero conviene no exagerar la importancia de los factores geográficos en la obra de la civilización. En la vida animal son ellos preponderantes. Por esto se dice con razón que el medio ambiente transforma al animal. En cambio el hombre puede transformar al medio. Ahí está Holanda, país casi formado por sus habitantes con tierras disputadas y arrebatadas al mar. Ahí están los campos cultivables de Brandeburgo que hasta los tiempos de Federico el Grande eran arenales, inferiores sólo a los de Libia, según palabras del propio soberano. Por lo mismo, las riquezas de países habitados por pueblos incultos en algún sentido han sido siempre explotados por conquistadores, aventureros e inmigrantes técnicamente mejor preparados que los indígenas. La actual situación de casi todas las naciones hispanoamericanas es una corroboración de este aserto.

2.º La biológica o racial. — Ver en los acontecimientos sociales derivaciones de cualidades de raza es una de las explicaciones más socorrida, aunque no menos engañosa.

El concepto de raza se presenta con cierta claridad mirado a través de tipos en quienes se encuentran bien

representados los rasgos tenidos por característicos de ella.

No faltan millares de individuos en quienes se distinguen fácilmente los caracteres físicos, la mentalidad y los modos de reaccionar de determinadas razas. También es posible clasificar con cierta precisión a los hombres según los idiomas que hablan, aunque entre éstos y las razas propiamente dichas se presentan no pocas confusas amalgamas. Así hay judíos de cuanta nacionalidad se pueda imaginar y que en cada caso tienen una diferente lengua materna.

La relativa claridad apuntada se pierde, cuando se quiere ver en un pueblo, en una nación organizada en Estado, un tipo racial. Lo más frecuente es que en estas colectividades haya mezcla de razas en mayor o menor proporción. De lo que resulta falaz atribuir los hechos de un Estado a las virtudes de una raza.

Pero aun suponiendo que un Estado conservara en su población la pureza de una raza, no sería una explicación suficiente, ni completa la que buscarse sólo en las cualidades raciales el antecedente de los hechos de la nación. Habría que ver si éstos no serían el resultado de la tradición o herencia social, de las condiciones económicas, de las instituciones políticas, de la religión, de la educación, de la influencia extranjera. Por no entrar en estas discriminaciones y ver equivocadamente en las razas entidades permanentes e inmutables a lo largo del tiempo, se suele caer en el error de interpretar como obra de ellas cualidades que un pueblo ha

adquirido en el curso de su historia. No es raro ver que se considera la disciplina de los alemanes como una virtud de la raza germánica y, sin embargo, los germanos, aun en el tiempo de sus luchas con los romanos, padecían de una indisciplina desesperante. Es frecuente atribuir también el actual *standard* de moralidad de los ingleses a un don de su raza, olvidando que esta nación ha dado muestras en siglos anteriores, sin salir de los tiempos modernos, de una depravación moral que nada tendría que envidiar a la de otros pueblos en crisis de contextura espiritual.

La disciplina y elevación de los pueblos nombrados han sido adquisiciones posteriores talladas en su alma por los dolores y las duras necesidades de la vida y por obra de la educación.

3.º La del materialismo histórico.—Esta tendencia ve la causa única de los hechos sociales en el factor económico, que comprende principalmente las necesidades de mantenimiento, los medios de producción, las formas de producción, la técnica, la distribución de la riqueza y, por consiguiente, las vigencias relativas a la propiedad.

En términos muy del agrado de los prosélitos del materialismo histórico, se dice que la infraestructura económica determina necesariamente todas las manifestaciones de la superestructura social y espiritual, el derecho, la moral, la religión, el arte, la filosofía, la política. Un progreso en la técnica trae consigo cambios en las relaciones del trabajo y convulsiones sociales, lo

que, a su vez, modifica correspondientemente la ideología del tiempo. Las ideas en este sistema no tienen ningún poder. Son el ropaje de la armazón económica. Para Hegel la idea es el demiurgo de la realidad, por lo que ésta no pasa de ser la apariencia externa de aquélla. Marx se complacía en tomar la posición antípoda y decía que para él, al revés, lo ideal no era más que la reverberación de lo material en la cabeza del hombre (*).

Es innegable la importancia del factor económico en la historia. Grandes florecimientos como el de la época de Pericles, el del cuatrocientos en Florencia, el del siglo XVII en los Países Bajos, el del Imperio alemán antes de la Gran Guerra y tantos otros han descansado de una manera más o menos inmediata en un estado de prosperidad económica. La mayor parte de las guerras han provenido de dificultades y ambiciones financieras y comerciales. Asimismo la mala distribución de las riquezas y la extrema pobreza de algunas clases sociales suelen precipitar las revoluciones. La extinción de la nación espartana se ha atribuido a la acción disolvente de su defectuoso régimen económico. Igualmente se ha visto en la ruina del Imperio Romano una consecuencia de la despoblación causada por la esclavitud y las insoportables cargas fiscales que pesaban sobre los ciudadanos. En la época contemporánea, con la aplicación creciente de las máquinas

(*) El capital-I-3.—Citado por Paul Bart-Die Philosophie der Geschichte als Soziologie.

a la industria desde fines del siglo XVIII y el desarrollo de la técnica, el peso de las fuerzas económicas en la evolución y vicisitudes de los pueblos se ha hecho sentir de una manera aun más manifiesta.

Pero del reconocimiento de estos hechos a lo que pretende el materialismo histórico hay mucha distancia.

Carlos Marx ha dado en el siglo XIX la expresión de mayor resonancia a la doctrina. Marx era, como su amigo y colaborador Federico Engel, social-demócrata, y sus ideales políticos prestaron color a sus teorías sociales, que, por otra parte, fueron un reflejo del indiscutible predominio del capitalismo, en Inglaterra principalmente y luego en el resto del mundo, durante ese tiempo.

Hay en la personalidad de Marx una dualidad contradictoria. Por un lado se nos presenta el hombre de ciencia, el dialéctico que condena toda declamación en materias económicas y afirma que los procesos de la producción y del trabajo con su secuela de consecuencias sociales se desarrollan en virtud de un determinismo inflexible. Son cosas huecas e inútiles para él los entusiasmos líricos y románticos de los socialistas franceses de su época. La forma de producción, sostiene, se halla condicionada por los medios de producción. Una sencilla herramienta está al alcance de cualquiera, máquinas pueden poseer sólo los capitalistas. Los progresos de la técnica y la introducción de las máquinas como medio de producción han colocado al obrero en una nueva relación de servicio que ha transformado su

vida y ha planteado graves problemas. Observa Marx el hecho de la acumulación de la fortuna en pocas manos y anuncia que irá en aumento la inflación de los grandes capitales y la eliminación por esta misma circunstancia de los pequeños. Han tenido que agudizarse así los intereses de clases del proletariado y su oposición a la burguesía. Pero en virtud de un proceso de concepción derivada de la dialéctica hegeliana este estado de cosas se derrumbará por sí solo. De la propiedad en poder de pocos se pasará rápidamente a la situación contraria, la propiedad en poder de todos. El egoísta afanado en acumular riquezas era para Marx el mejor auxiliar de la revolución que veía venir.

Pero por otro lado se transforma el pensador austero en agitador popular que hace de la lucha de clases y de la dictadura del proletariado ideales de combate de las masas para obtener la socialización de los medios de producción y la igualdad de una sociedad sin clases. En su carácter de agitador, el apóstol se lanza en invectivas contra los burgueses explotadores, el capitalismo y las iniquidades de la civilización actual.

Se ve que las dos actitudes son inconciliables.

Si, como en el primer caso, todo ocurre en virtud de un determinismo ineluctable, no hay para que hablar de injusticias, ni de responsabilidades morales. Nadie es culpable de nada. Los que luchan por la destrucción del régimen capitalista y sus defensores no pasan de ser autómatas lúcidos, veletas que tienen conciencia del viento que las mueve.

Si, como en el segundo caso, es menester que las masas aguerridas vayan violentamente a la conquista del poder y al establecimiento de la dictadura del proletariado para realizar sus ideales, se derrumba el edificio científico recién levantado. A la acción de las leyes sociales incontrastables se sustituye el empleo de las fuerzas de los hombres ejercitadas voluntariamente.

Han sido éstas, como dice Turgeon, «distracciones de polemista o inconsecuencias de rebelde: distracciones e inconsecuencias que han abierto en su construcción sistemática una profunda fisura por donde su materialismo histórico se vacía de toda lógica determinista» (*).

Al materialismo histórico podemos acusarlo de no menos unilateral que las demás tendencias que estamos examinando. Por poderosa que sea la acción de los antecedentes económicos, ella no es exclusiva, como los sostenedores del materialismo lo pretenden. Forman una corriente en el océano de la historia, pero no todo el océano.

Sin ir más lejos todavía, querer hacer de la lucha de clases la clave de toda la historia es limitar el campo de visión del espíritu de una manera que no convence a nadie. ¿No han existido nunca acaso las guerras de raza, de naciones, de religiones? ¿No han existido las guerras de los pueblos por su independencia? La vida de la humanidad está llena de unas y de otras.

(*) Charles Turgeon. Critique de la conception materialista de l'histoire. pág. 215.

En cualquier Estado encontramos la rivalidad de la capital con las provincias, de éstas entre sí, de unas ciudades con las de más allá. Tenemos la rivalidad de las profesiones y la que toda generación siente respecto de su predecedora en la vida. La lucha de clases no es, pues, más que un episodio de la oposición universal. Desprovisto de su condición de concepto explicativo de la historia, que no puede asumir, la lucha de clases no es en manos del marxismo sino una bandera política.

Las necesidades, son sin duda el aguijón de la vida. Sin necesidades, o sea, sin deseos insatisfechos y contrariados, no habría tal vez conciencia individual. Sin las necesidades de la sociedad y de los pueblos no habría tal vez historia; pero, aunque las necesidades materiales y económicas sean las primordiales, no son las únicas. El criterio genético puede inducir a error, cuando se le aplica a otro fin que a desentrañar la raíz vital de un objeto o de un organismo. El origen de una cosa no determina su naturaleza de una vez para siempre. El origen animal del hombre no ha significado para éste ni con mucho el destino ineludible de no tener que ser más que un animal. Al lado de los instintos de conservación y de reproducción que posee en común con los animales y cuya satisfacción mantenida dentro de los términos de la animalidad es sobre todo de orden material, han distinguido al hombre diversas aspiraciones espirituales. La economía del hombre primitivo no es muy superior a la de los animales,

pero sí lo son sus ideas sobre la muerte y los muertos, sobre los espíritus, y sus obscuras inquietudes relativas a los misterios del universo, o sea, los conceptos de una incipiente religión.

¿Cómo desconocer en los grandes movimientos religiosos el aliento místico de apóstoles y muchedumbres que proceden, sobre todo en los comienzos, en medio de los mayores sacrificios y con despreocupación de ventajas económicas? El materialismo histórico ha querido ver en los móviles de las cruzadas las incitaciones del comercio y del afán de lucro. Sin duda en las últimas, a contar desde la cuarta, hubo mucho de esto; pero las primeras fueron la obra tan sólo de la exaltación de la fe, libre de todo interés mercantil. Que haya habido sacerdotes, órdenes religiosas e iglesias ricas no significa que las religiones tengan un origen económico. Es un hecho de naturaleza ideológica y no económica que la Iglesia cristiana fuera dueña en la Edad Media de la tercera parte de los bienes inmuebles y percibiera la mitad de las rentas de Europa. La riqueza afluía a las iglesias en virtud de las creencias de ese tiempo.

Los holandeses se dejaron matar por millares bajo el reinado de Carlos V y Felipe II, perdiendo vida y haciendas, antes que abjurar de su religión.

Los puritanos y cuáqueros abandonaron las comodidades y ventajas de que gozaban en su patria—que pudieran conservar renegando de su fe—para ir a buscar en los páramos y bosques vírgenes de la América

del Norte una tierra donde practicar sus creencias y disfrutar de libertad espiritual. «Las cuatro colonias de la Nueva Inglaterra, dice André Siegfried, habían sido fundadas por disidentes puritanos ingleses, cuya fuerte personalidad ha marcado toda la vida americana con color indeleble, persistente aun hoy día: quien no comprende al puritano no puede comprender al americano» (*).

Y hay que tener presente que M. Siegfried es economista.

Comunistas y socialistas se complacen en invocar a Jesús como uno de los suyos, casi como un precursor del materialismo histórico. Nada más contrario a la esencia de la prédica nazarena. Sin duda el dulce Mesías amaba a los pobres y no tenía paz con los ricos, a quienes exigía que repartieran sus riquezas entre los primeros. Pero a los ricos los despreciaba, no tanto porque tuvieran fortuna como porque eran ciegos para otra clase de bienes. El estimaba los valores espirituales y no los materiales. Sus enseñanzas eran el amor, la justicia, la humildad y el perdón. No la codicia y la violencia. La palabra evangélica es, «Buscad a Dios y lo demás os será dado por añadidura»... La del materialismo histórico es, «Buscad la fortuna»... «Los pobres que no viven más que deseando la plata y echándola de menos pertenecen al reino de Mammón tanto como los ricos. Jesús odia el dinero como un ar-

(*) Les Etats Unis d'aujourd'hui. P. 4.

ma que el adversario usa para arrebatarle amados discípulos» (*). No digo que no haya socialistas y comunistas desinteresados y abnegados; pero no cabe mayor antítesis entre las doctrinas.

¿Cómo no reconocer también el lugar de preferencia que le corresponde al derecho entre los antecedentes que determinan y encauzan la vida social? Sin Estado sólido y orden jurídico las actividades económicas no pueden desarrollarse y prosperar. En todas partes el Estado ha establecido la unidad de la ley, de las monedas y de las medidas, ha construído caminos, borrado fronteras lugareñas y conducido así de las economías locales a la economía nacional. Sin confianza en el porvenir, lo asegura el orden de derecho, no se organizan empresas de largo aliento. Los campesinos no cultivan sus campos, cuando temen no poder recoger el fruto de sus esfuerzos. En las ciudades, los almacenes, al menor desorden callejero, cierran sus puertas. «El derecho es el principio del orden público y privado, dice Tugeon, sobre el cual se apoyan todas las actividades económicas (**).

Los progresos del derecho penal en el siglo XVIII no fueron debidos a episodios de la producción, sino a las ideas humanitarias y a las concepciones de un nuevo derecho natural esparcidas por Grotius, Thomasius, Montesquieu y Beccaria.

Si bien es cierto que un buen número de guerras

(*) Francois Mauriac, «Vie de Jesus». P. 186.

(**) Obra citada, pág. 371.

han provenido de dificultades y ambiciones financieras y comerciales, esto no agota el caudal de sus antecedentes, en particular si consideramos las guerras civiles, más destructoras del alma tal vez que las otras. Es menester agregar entre los móviles de los combatientes el amor a la patria, la adhesión a algún credo político, el arraigo de determinadas tradiciones. El mismo delirio imperialista no queda completamente explicado con señalar los alicientes económicos que hayan podido armarlo. Ha obrado probablemente también en ello esa especie de ambición que se llama «voluntad de poder», fórmula pretenciosa, falsamente culta, con que se reviste de piel filosófica la brutalidad de animal de presa primitivo aun subsistente en el hombre.

En el mismo tema de las reivindicaciones económicas de las masas—tema justificado en cuanto presentación de un problema que hiere nuestros sentimientos de humanidad—hay algo que sobrepasa lo meramente material y económico. Ese algo es nada menos que la justicia, sin la cual las reivindicaciones carecen de todo valor, siendo a la vez que con ella el problema toma el carácter moral y jurídico que le corresponde. Si el hecho de privar al obrero de una parte del producto de su trabajo no es un acto injusto, la famosa tesis de la plusvalía no tiene ningún sentido. Es verdad que cabe llevar a cabo por la fuerza las reivindicaciones que se quiera; pero el movimiento que así procede se envenena a sí mismo. Nada duradero se puede construir fuera de la justicia: pretender lo contrario está

condenado al fracaso, como levantar cimientos en el lodo. La violencia se explica como hecho bruto; pero quien defiende ideológicamente sus reivindicaciones no puede hacerlo, sino diciendo que son justas, con lo que reconoce la necesidad de fundarlas en un valor espiritual.

Hasta este momento hemos examinado el hecho económico en sus relaciones externas con otros hechos. Mirémoslo ahora en sí mismo y encontraremos hasta qué punto es tributario de las fuerzas intelectuales y morales del hombre.

La inteligencia interviene en todos los momentos del proceso económico, desde el que se limita a una producción rutinaria hasta el que parte de una revolución técnica. Hemos visto anteriormente que todo progreso arranca de una idea nueva. Las transformaciones económicas no se sustraen a esta ley. El aprovechamiento del fuego y la domesticación de los animales han tenido que empezar por ser concepciones audaces de genios primitivos. Cuánta intuición y valor fué menester para pensar en domeñar al potro salvaje y conseguirlo, para convertir al toro en buey y uncirlo al arado. Cuánto ingenio supone la fabricación de las primeras ruedas, del remo, de la embarcación a la vela. Y en nuestros días los descubrimientos del vapor, de la electricidad, de las sustancias radio-activas y de las ondas electromagnéticas son obras del espíritu creador del hombre. El automóvil y el aeroplano, maravillas de la técnica contemporánea, se hallan como toda técnica, condicio-

nadas por la ciencia y se van perfeccionando por pequeños inventos sucesivos. La inteligencia ha sido, pues, el hada que ha presidido las transformaciones de la vida económica.

Los defensores del materialismo histórico reconocen ciertamente la existencia de ideas y sentimientos artísticos, religiosos, morales, científicos, de fenómenos ideológicos o ideales en una palabra; pero los entienden sin autonomía propia, como títeres manejados por ocultas cuerdas económicas. Al ocurrir las cosas de este modo sería cual si esas vivencias del alma, cuya realidad no podemos desconocer, en verdad no existieran. El materialismo las reduce a sombras inoperantes. ¡Ah, no! Ellas tienen autonomía y vida en sí desde el momento de nacer. Los héroes, los verdaderos sabios, los grandes artistas y los santos constituyen un argumento viviente de la autodeterminación espiritual del hombre. Ellos no consideran lo esencial y fundamental de la existencia su sustento material. Se dirá que son los menos; pero forman la columna señera de los rumbos y sentidos de la vida.

El materialismo histórico, como quien se retira de una trinchera a otra, sostiene en último término que, aun cuando la acción del factor económico parece ausente, obra de manera decisiva en la subconsciencia. Argumentando así no habría por qué no ir más lejos y encontrar la razón de todos los acaeceres psíquicos y sociales, en la vitalidad de la célula o en la energía del

átomo, que son los elementos primordiales de donde arranca nuestro ser.

No desconocemos la enorme importancia de los factores económicos en la vida humana, como antecedente de muchas de sus modalidades o como base imprescindible de ella. En un capítulo posterior vamos a corroborar esta manera de pensar. Una situación económica es una base o un medio para la vida espiritual, pero no la vida espiritual misma que posee autonomía y es capaz de reaccionar sobre la propia base económica.

El materialismo incurre en el error de elevar los medios a la categoría de causas determinantes. Los medios son indispensables, pero la razón que motiva el acto es el fin o móvil que se persigue. Sin carbón o petróleo no puede salir en viaje ningún vapor; pero la causa que da lugar al viaje no es el propósito de quemar el carbón o el petróleo, condiciones materiales y económicas de presencia imprescindible para su realización. Ella radica en el propósito de anudar o mantener entre diversos países relaciones comerciales y de cultura: llevar y traer mercaderías de uso corriente y objetos de lujo; transportar artistas y conferenciantes, trasladar turistas a gozar de climas benignos, a admirar bellos paisajes y hasta para que vengan a pescar salmones en nuestros lagos del sur; llevar gente movida por un puro afán de conocer a dar vuelta al mundo y a otros, a quienes agita quizás una inquietud de aventuras y el deseo de servir al progreso de la ciencia, transportarlos a correr el riesgo de explorar páramos, desier-

tos, montañas no trepadas por el hombre todavía, las regiones polares u otros parajes desconocidos: acciones todas que, reclamando una base de posibilidades de dinero, no pueden ser encerradas dentro del marco de fines económicos y tienen en cambio algún sentido espiritual que es su verdadera causa.

No se justifica de ninguna manera, pues, la pretensión de elevar los factores económicos a la categoría de causa única del devenir social, como lo quiere el materialismo. A su lado hay que considerar los demás agentes enfocados por las tendencias que venimos estudiando.

La vida humana me parece una pirámide. La base es indispensable para que exista la cúspide. La concepción del materialismo histórico equivale a achatar la pirámide y reducirla a la platitude de una línea confundida con la base. O si se quiere, la vida es un tenso resorte en forma de espiral. La interpretación materialista es como sentarse en ella y aplastar su bello impulso de elevación.

4.º *La institucional.*—Fué una actitud frecuente en un buen número de escritores de las últimas décadas del siglo XIX, cierto menosprecio de los gobiernos y de las instituciones políticas. Provenía ella en parte de una reacción contra la historia que había llenado sus páginas con hechos de reyes, ministros y capitanes y descripciones de guerras. Provenía también del propósito de afirmar la personalidad de los humildes al frente de los poderosos.

Pero no se puede negar la importancia del Estado.

¿Acaso gran número de las concepciones y luchas de los hombres tienden a otra cosa que a la constitución del Estado ideal? Pongamos al lado del Estado el matrimonio y la familia, que forman con él las instituciones fundamentales de la sociedad y se verá cuánto pesan ellas en los destinos humanos.

El individuo puede vivir fuera del matrimonio, pero le es imposible existir fuera del Estado y difícilmente fuera de la familia. Sólo estas instituciones le aseguran la protección que necesita y a veces también la felicidad.

Peró al mismo tiempo son el Estado y el matrimonio los principales instrumentos de coerción social que sufre el individuo, de donde se derivan situaciones de dificultosa armonía y conflictos trágicos.

Cuando se olvida que no corresponde al matrimonio otra finalidad que la de procurar la felicidad de los cónyuges y la formación y bienestar de la familia se le convierte en una entidad tiránica que a menudo sacrifica y hace desgraciado al individuo en aras de un fetiche de moralidad abstracta.

Ninguna colectividad puede prescindir del ejercicio del poder jurídico soberano y descansar sólo en la capacidad que muestren sus miembros de acatar espontáneamente los principios de la solidaridad y el derecho de los demás. Ni que fuéramos ángeles. Además de las facultades primordiales de garantizar el derecho y de asegurar las condiciones para el más perfecto desarrollo de los individuos se le ha reconocido universalmen-

te en nuestros días al poder público la atribución de intervenir en la solución de los problemas sociales y económicos que afectan a la armonía y al bienestar generales; pero hay que cuidar de no elevarlo a la categoría de divinidad, a la manera hegeliana, que tuviera fines en sí, con lo que se suele encubrir malamente una autoridad despótica contraria a los fueros de la personalidad humana. Algo de esto se observó en el estado fascista y más aún en el nacional-socialista sin que queramos desconocer el innegable resurgimiento que esos regímenes han provocado en las nacionalidades sujetas a ellos. Pero donde la tiranía del Estado ha llegado a su apogeo, con su consecuente cortejo de males, es en la Rusia bolchevista. En este país no tiene existencia legal más que un partido político, el del gobierno; como ocurre, por lo demás, en los estados fascistas, lo que supone una situación de sometimiento de la personalidad que significa el pago de la disciplina con la frustración de muchas posibilidades espirituales. André Gide (*) refiere que en Rusia personas con quienes él trataba no se atrevieron a exteriorizar su simpatía por los izquierdistas españoles antes de saber cual sería la actitud que tomaría al respecto el diario *P r a v d a*, órgano de la opinión de los gobernantes. Una vez que ésta se dió a conocer en un sentido favorable las manifestaciones de adhesión se hicieron sin rebozo calurosamente públicas. Dice también Gide, que

(*) Retour de la U. R. S. S.

los escritores y artistas soviéticos no consideran la libre inspiración como un requisito de la creación artística y sólo hacen arte en servicio de la organización bolchevista.

Tal estado de cosas no admite más que un dilema que expresamos sin declamación alguna y sin olvidar en lo menor nuestra comprensión de lo humano. Sentimos lo que deben ser semejantes dictaduras. O esos ciudadanos y artistas se han identificado en el alma con el régimen y proceden sinceramente o no se han identificado y obran como lo hacen por temor. En el primer caso, tendríamos un menoscabo y atrofia de la personalidad, los hombres convertidos en muñecos; en el segundo un aplastamiento de la personalidad que daría lugar a actitudes falsas, los hombres convertidos en hipócritas. En ambos casos los resultados no serán envidiables para cualquier otro Estado, ni para la especie humana.

Al hombre le es preciso el ambiente de la libertad, pero a la vez el control de la disciplina. Son disciplina y libertad los dos polos entre los cuales gira el eje de todo el hacer de los hombres. Dentro del propio individuo debe reinar la armonía entre la libertad y disciplina por medio del dominio de sí mismo. «La acomodación a una disciplina fisiológica, intelectual y moral, dice A. Carrel, determina cambios definitivos en el sistema nervioso, en las glándulas endocrinas y en la conciencia. Da al organismo una mejor integración, mayor vigor y más aptitudes para vencer los

obstáculos y peligros de la existencia (*). No estableciendo este feliz equilibrio caerá el hombre, en cambio, en alguna o varias formas de licencia. De igual modo, en la sociedad, un régimen de mal entendida libertad conduce al abuso del derecho y a la anarquía. Hay que evitar, pues, los dos extremos y el Estado que sabe hacerlo y mantiene el orden sin poner trabas innecesarias a la espontaneidad individual es un factor decisivo para el desarrollo social.

5.º La idealista o intelectualista. — Esta nos parece una tendencia confusamente planteada. Se la hace comprender desde el sistema de Hegel, conforme al cual la historia universal no es más que la realización del espíritu objetivo y la de cada nación la del espíritu del respectivo pueblo, hasta las escuelas de carácter más intelectualista, según cuyas doctrinas serían las ideas, los ideales, las que movería el mundo. Nosotros hemos anotado ya la importancia del factor intelectual al decir al principio de este capítulo que todo progreso arranca de una idea nueva. Pero ocurre que cabe hacerle una objeción al hecho de formar grupo aparte con los antecedentes ideológicos. Cuando no son los resortes del reflejo o del instinto los que obran, el hacer consciente de los hombres se proyecta siempre primeramente en forma de idea. Estan sirven como luces para disipar las obscuridades del porvenir y buscar caminos. Es verdad que las abs-

(*) L'Homme cet inconnu.

tractas, las no teñidas por intereses, sentimientos y valores ejercen muy poca influencia sobre la generalidad de los hombres. Ideas superiores y quintaesenciadas pueden mover sólo a los espíritus de selección. Poder dinámico universal poseen, en cambio, aquellas ideas que son creencias comunes correspondientes a necesidades vitales y profundas de la colectividad, las que calificamos recientemente como teñidas por el sentimiento. No es raro, sin embargo, que con una hábil propaganda puedan ser inducidas las masas a graves errores sobre cuales sean sus verdaderas necesidades vitales. Son tan fácilmente sugestionables: suelen tener para ello tan lleno el corazón de pesares como vacía la cabeza de elementos de juicio. Hinchidas las ideas del calor que les prestan las necesidades, deseos y sentimientos constituyen las fuerzas conductoras del mundo. A veces domina en ellas la orientación del buen sentido y son salvadoras; a veces el extravío, del ofuscamiento de la pasión y son funestas. Pero entendida así la tendencia ideológica—y a este punto queríamos llegar—pierde todo carácter propio y pasa a cubrir la vida humana entera, porque en la lucha por realizarse las aspiraciones de todo orden tienen que tomar la forma de ideales. De esta suerte nos encontramos con ideales raciales, con ideales políticos, con ideales científicos, artísticos y religiosos. Las ideas quedan así en el lugar que les corresponde de ser la expresión comprensiva de todas las causas que obran en el acaecer histórico y social.

6.º La religiosa. — Un gran pasado tienen las religiones a su haber y teóricamente debe ser incontrastable su imperio sobre las almas y las colectividades. Quiero indicar con la expresión «teóricamente» una ecuación entre el contenido de una fe absoluta y un alma que la recibe sin duda alguna en toda su plenitud.

El hombre primitivo, desde el salvaje hasta el semi-bárbaro, ha vivido en un mundo encantado, lleno de divinidades, de poderes ocultos y de espíritus buenos y malos. ¿Donde no hay un dios para ellos? El sol, la luna, las estrellas, el mar, el río, la fuente, el bosque, lo son y con sobrado motivo. Lo es el fuego y lo son las almas de los muertos y los animales que acompañan al hombre o le infunden temor. Idolos a veces espantosos se levantan en representación plástica de las potencias que obran desde las tinieblas de lo desconocido. Espíritus malignos traen las enfermedades y la muerte. A estas creencias les da carácter objetivo, la misma mente primitiva que las concibe y luego se siente cohibida, dominada y atemorizada por sus propias creaciones. En todos los episodios más importantes de la vida del hombre intervienen ritos que patentizan su unión con la divinidad: en el nacimiento, en la unión sexual, en la muerte, en la caza, en la pesca, en la agricultura, en la constitución del poder público. Los ritos son ceremonias del culto o prácticas mágicas. Las costumbres se mantienen impregnadas de religiosidad y la religión que es su alma forma también el nú-

cleo de donde se desprenderán más tarde la moral, el arte y el derecho.

En las civilizaciones del antiguo Egipto, de la Mesopotamia y del Irán, con sus cuerpos de sacerdotes sabios, sus doctrinas esotéricas y sus ciencias transidas de teología, las religiones son señeras y dominantes en todos los órdenes de la actividad social.

Para Fustel de Coulanges las instituciones de Grecia, de Roma y de la India, o sea de los pueblos arios, tanto de Europa como de Asia, son de origen religioso (*).

El cristianismo después de derribar los dioses gentiles del Imperio Romano, anima e informa con el aliento espiritual de sus doctrinas toda la vida y las instituciones medievales, hasta florecer en el prodigioso siglo XIII.

Pero no se pretende hacer en las reducidas líneas de este párrafo ni una historia, ni una filosofía de las religiones, sino averiguar si a la religión le corresponderá en realidad el papel que le asignan algunos escritores de causa única o preponderante en el desenvolvimiento de las sociedades. En el somero cuadro que acabamos de esbozar, la poderosa acción de las religiones queda como un hecho manifiesto, pero ello no obsta a que antecedentes raciales, geográficos, económicos, políticos, militares y demográficos hayan obrado a la vez para pesar en algún sentido en el devenir social. En la edad

(*) La Cité Antique.

contemporánea, estos elementos no religiosos de la causalidad social se han mostrado con una influencia aun más prepotente.

Hemos dicho, no ha mucho, que teóricamente estimamos incontrastable el imperio de la religión sobre las almas y las colectividades, entendiendo para el caso por religión una concepción general del mundo y de la vida basada en la fe y orientada por valores espirituales trascendentes. Consideramos en primer lugar a la religión como una doctrina afirmativa que, a la par que exige de los hombres la práctica de ciertas virtudes y de determinados ritos, les asegura dos cosas esenciales: la existencia de un Dios todopoderoso, bueno, amante y justiciero y una vida inmortal en una gloria futura. Supongamos el alma penetrada íntimamente de la verdad de estas creencias. ¿Cómo no imaginarla transida de beatitud y resolviéndose siempre por motivos que dan testimonio de su fe?

Pero no de todas las grandes religiones se puede decir que sean doctrinas afirmativas y el más notorio ejemplo de una de esta clase es el budismo, aunque en su desconsuelo y en su actitud negativa llega a hacer implícitamente afirmaciones formidables. Para ella la vida no vale nada y los hombres son impotentes ante el dolor, las enfermedades y la muerte. Somos como náufragos del barco ebrio de la Tierra que da vueltas sin objeto en el océano de un espacio imaginario. En estas condiciones, ya lo sabemos, lo único que debe hacer el hombre es destruir su voluntad de vivir, extirpar sus

deseos y buscar el Nirvana. Pero, a la vez, qué rico florecer de sentimientos humanitarios cultiva el budismo: la igualdad, la caridad, la fraternidad deben reinar entre los hombres; es la comprensión activa y afectuosa entre los compañeros del cósmico naufragio.

Como se ve, la situación teórica, y si se quiere hipotética, en que hemos hablado del poder de las religiones ha sido a la vez real. A ninguno de los demás factores de la causalidad histórica y social, ni a los antecedentes económicos, ni a los institucionales o educacionales, se le puede hacer objeto de una apreciación hipotética semejante, porque no alcanzan a poner sobre las almas la impronta que por su integridad es propia de la concepción religiosa.

Pero llegan momentos de la evolución histórica en que la arquitectura de las religiones se resquebraja por la acción de acontecimientos nuevos y de nuevas ideas, sin entrar a considerar los casos en que un culto es violentamente abolido y suplantado por otro de un pueblo conquistador victorioso. Primero subrepticamente y en forma deletérea las ideas nuevas introducen la duda por las grietas de la gran fábrica amagada. Con frecuencia los demás estímulos sociales se muestran más eficaces para arrastrar a los fieles que los valores religiosos y la religión tiene que contentarse con el cumplimiento externo de los ritos tradicionales. Los creyentes conservan la apariencia, pero no la hondura de la religiosidad. Son los clásicos sepulcros blanqueados fustigados por Jesús. Cuánto hombre y cuánta mujer encontramos

que hacen profesión de fe cristiana o católica y que, en vez de llevar el alma, como sería de esperar, impregnada de dulzura, de desprendimiento de los bienes terrenales y de amor a sus semejantes, con los ojos interiores plácidamente puestos en una vida espiritual superior, son inescrupulosos y frívolos, desconsiderados y luchadores, ambiciosos, codiciosos y violentos, como cualquier escéptico vulgar. Y digo vulgar, porque hay muchos escépticos que, sin fe trascendente, se sobreponen a esos defectos por la superioridad de su cultura, de sus sentimientos y de su inteligencia.

Después del siglo XIV y, sobre todo desde el Renacimiento y la Reforma, se inicia la crisis religiosa de los tiempos modernos, lo cual no obsta a que en los siglos XVI y XVII, años de las guerras de religión, haya manifestaciones de la fe más acendrada. Muestras de ella han sido en los países católicos el magnífico florecimiento de la santidad, y en los protestantes grandes empresas alentadas por el sentimiento religioso, como la colonización de la Nueva Inglaterra, sentimiento que ha sido por otra parte la sólida base espiritual y ética de la nacionalidad norteamericana.

La crisis se acentúa a contar del siglo XVIII. Coincide ella con los enormes progresos que las ciencias han realizado al mismo tiempo y con adelantos técnicos y materiales nunca vistos. Y como balance actual tenemos el cuadro de los desconciertos, incertidumbres, problemas y trastornos sociales de la época presente.

¿Qué hacer se preguntan los espíritus atribulados para encontrar en esta desorientación no sólo una brújula segura, sino para dar nuevo valor a la vida disecada y mecanizada por la ciencia y la técnica? El deísmo del siglo XVIII, que no ha sido más que el cristianismo sin revelación y sin dogmas, se habría mostrado incapaz de corresponder a estas necesidades; también habrían fracasado el liberalismo humanitario, la religión de la Humanidad y la religión del Progreso, del progreso material se entiende o inclinado en demasía a las cosas materiales. Christophen Dawson en un estudio histórico y sociológico, sereno y muy bien informado (*) y encarando el problema principalmente desde un punto de vista europeo, no ve otra solución que la vuelta total a la tradición cristiana. Preconiza una resurrección de la atmósfera espiritual de los últimos grandes siglos de la Edad Media. ¿Será esta una tarea hacedera? Existe en Europa una situación diseñada, si se quiere, con más claridad en Francia. En este país al lado de la poderosa tradición católica, que arranca por lo menos desde Abelardo, sustentada en seguida por Pascal, Fenelón, Bossuet, De Maistre, Chateaubriand, Pasteur, y representada en nuestros días entre otros por Bainville y Mauriac, se sustenta lozana la corriente del libre pensamiento cuyo caudal han alimentado con brillo Rabelais, Montaigne, Voltaire, Diderot, Renán, Anatole France y tantos más. Asi-

(*) *Progres et religion.*

mismo alienta vigorosa en el Mundo Occidental desde hace cinco siglos una tradición de libre examen, de crítica histórica y de ciencia positiva, que no se puede pensar en destruir. Tampoco cabe abrigar este propósito respecto de la tradición religiosa. No parece, pues, realizable la labor de mezclar en un solo cauce las aguas de esos dos ríos del pensamiento.

El mismo problema toma naturalmente mayores proporciones si se le saca del plano europeo y se le contempla en la humanidad. Mirado así, ya no consistiría el objetivo perseguido por Dawson en buscar la armonía entre creyentes e incrédulos de un continente o en someter éstos últimos a la tradición religiosa de más arraigo en su zona geográfica, sino en esperar conversiones en masas de millares de creyentes de diferentes credos que quedarían bajo la inspiración de una sola iglesia triunfante. Casi huelga decir que esto linda en lo quimérico. No me imagino como los cristianos, los mahometanos, los budistas o los sintoístas, pudieran renunciar a su religión para ir a aumentar en masa el ámbito de cualquiera de las otras comunidades nombradas.

¿Habrá que renunciar entonces a encontrar, fuera de las cosas de la inteligencia y de la ciencia, un campo de armonía para los hombres en el orden espiritual? Tal vez no. Estamos convencidos de que ese campo lo ofrecen los valores éticos y jurídicos esenciales a la convivencia humana. No decimos que la conciliación de los hombres en este terreno sea tarea fácil ni mucho

menos. Pero, ¿cómo no convencerse de que no hay para el hombre finalidad más primordial que la de seguir los dictados de la bondad, del amor y de la justicia, que hacen llevadera la vida en común? ¿Cómo no convencerse de que las discrepancias de cualquiera clase que sean deben apartarse para no perturbar el ejercicio de esas normas a la vez positivas y sagradas?

Cada cual quedaría en libertad de representarse a dios y adorarlo y de asumir ante todos los tópicos religiosos y metafísicos la actitud más conforme a su credo o a sus propias meditaciones. Los altares serían distintos, pero todos los fuegos convergerían al cielo. Nos imaginamos que de estas cosas trascendentes, dentro de la suave tolerancia que podría reinar al respecto entre los hombres, sería dado esperar que se hicieran además órganos de la belleza. Las diferentes concepciones de la divinidad y de los problemas anexos serían como otras tantas sinfonías de diversos autores sobre el gran tema de la creación.

7.º La educacional. — No hablemos de la educación refleja, que por el hecho de vivir en sociedad todos los hombres reciben de su familia y de los diferentes círculos que lo van rodeando y tocando en algún sentido. Es el cauce por donde se transmiten de generación en generación las ideas, creencias, usos y costumbres tradicionales que constituyen la herencia social.

Es verdad que la educación directa suele no ser otra cosa también que un órgano de esa misma herencia que,

trabajando de consuno con la tradición tiende, sobre todo, a la conservación y transmisión de esos bienes sociales que son el derecho, la ciencia, el arte, la técnica y los principios morales y religiosos.

Vivimos en un tiempo de gran confianza en la obra de la educación. Las dudas manifestadas al respecto por tantos filósofos y escritores del siglo pasado no pesan ya en la opinión. Casi todos los Estados consideran a la educación como una de las palancas más poderosas del desenvolvimiento nacional y han reformado las instituciones docentes para que actúen con la mayor eficiencia posible.

Pero toda educación directa es un arte, al cual se le pueden señalar las finalidades que se quiera, con tal que no sean muy contrarias a la naturaleza humana. Cualquier género de actividad, bueno o malo, puede ser objeto de educación. Cabe educar para ciudadano, para sacerdote, para acróbata o para ladrón. La educación no es antecedente de los fenómenos sociales en la forma en que lo son las causas geográficas, raciales y económicas, sino un instrumento de que se sirven para desarrollarse y alcanzar determinadas finalidades, tendencias ya existentes, grupos y colectividades que representan fuerzas políticas o financieras, intereses materiales o espirituales. Los griegos educaban a los jóvenes a fin de hacer de ellos los miembros que querían para sus pequeñas repúblicas: ciudadanos de conformación armónica en Atenas, políticos y guerreros esforzados en Esparta. Para los jesuitas la educación fué un arma,

forjada con el objeto de dominar a los nobles, a los poderosos, a los monarcas y conquistar de esta manera, en bien de su religión y de ellos mismos, el imperio sobre la sociedad. En los regímenes bolchevista y fascista, no obstante el celo que ambos han manifestado por la educación y por el cultivo de la ciencia y de la técnica, el arte educativo debe perseguir una finalidad determinante: formar los futuros adeptos del bolchevismo y del fascismo. El desarrollo del carácter, de la rectitud y del espíritu de iniciativa, preocupaciones predominantes de la educación inglesa; la cultura intelectual, atención preferente de ella en Francia, junto con la instrucción industrial y técnica a que se da también bastante importancia en los países nombrados y, sobre todo, en Alemania y Estados Unidos, son las principales finalidades orientadoras del proceso educativo en el mundo occidental.

El Estado es, sin duda, el representante más completo de los intereses nacionales en su integridad; pero es difícil que sea capaz de representarlos todos y que tenga esa plasticidad creadora e innovadora propia del espíritu individual. En esta virtud descansa la conveniencia de proteger y favorecer las iniciativas particulares en materia de educación, siempre que sean colaboradoras en la labor común de propulsar la marcha de la colectividad.

Ha sido un principio predilecto de la pedagogía actual respetar y estimular, ante todo, la espontaneidad y las iniciativas de los niños, propósito que debe esti-

marse acertado en cuanto reacción contra una educación demasiado sistemática y estereotipada. Pero, ¿cómo prescindir de algunas finalidades objetivas? ¿Cómo no agregar al cultivo de la espontaneidad el contrapeso de la indispensable disciplina? ¿Cómo van a perder de vista las actuales sociedades democráticas los reclamos de una educación básica, primaria y técnica? ¿Cómo concluir de otra manera con el analfabetismo y dar a cada ciudadano, junto con una sólida complexión moral, una profesión u oficio que le permita ganarse la vida? Grandes fines son estos últimos, relacionados con el reconocimiento del trabajo en cuanto valor y norma universal. En el trabajo, organizado dentro de la justicia, descansa como en ninguna otra virtud la salvación de la sociedad y del individuo. La educación colabora formando individuos amantes del trabajo y animados de la voluntad de continuar educándose.

La educación bien organizada es, en definitiva, una fuerza indiscutible en manos de la tendencia que la emplea; pero su acción para servir al progreso general dependerá del espíritu comprensivo de los intereses totalitarios que la anime.

• • •

Según ya lo hemos dicho, cada una de las causas que acabamos de enumerar ha sido considerada por más de un escritor como la única que obre realmente en la determinación de los fenómenos sociales.

Nos parece, sin embargo, más cerca de la verdad que todas ellas forman un haz complejo de antecedentes que se entrecruzan y trabajan simultáneamente, sin perjuicio de que ya una, ya otra, ora los intereses educacionales, o los económicos y políticos, o los ideales intelectuales, o el sentimiento nacional o religioso, pesen más en un momento dado. «La historia es un proceso, dice N. Hartmann (*), en que toman parte factores de todos los grados del ser; es un proceso, tanto económico como espiritual, tanto de los intereses vitales como de los intereses culturales de un pueblo... En él dejan sentir su influencia las ideas, los valores, los errores, las concepciones del mundo; los medios técnicos no menos que las sugerencias psicológicas; incidentes accidentales no menos que esfuerzos planeados». Y bajo todos estos motivos, que se presentan fácilmente a la observación, actúan de una manera constante la situación y configuración geográfica del país, su clima, la riqueza de su suelo y las herencias ancestrales de la raza. Estos agentes obran de un modo que podríamos llamar genético y primitivo, como escultores invisibles que hubieran hecho el bloque y tallado las líneas generales del ser social a que van a ir dando toques sucesivos las instituciones políticas, la organización económica, la educación, el cultivo de la inteligencia y la religión.

(*) *Das Problem des geistigen Seins.*

* * *

Para completar el cuadro que hemos esbozado ocupémonos de las modalidades del progreso, que en algunos casos merecen ser consideradas como verdaderos principios.

a) Es raro que el progreso se manifieste a la vez en todos los órdenes de actividades y que sea común a todos los pueblos de una época dada. El progreso no se realiza en línea recta que avance uniformemente, sino en líneas que se cruzan y se quebran zigzagueando. Lo que es progreso para un pueblo puede significar la regresión y la muerte para otro. Las guerras traen el auge momentáneo de los vencedores y la decadencia, a menudo también transitoria, de los vencidos. La civilización ha hecho su marcha no siempre elevando el nivel de los pueblos inferiores, sino más bien explotándolos y exterminándolos.

Dentro de un mismo pueblo rara vez se ve el prodigio de un progreso uniforme. Así podemos distinguir los progresos materiales, económicos, científicos, literarios, artísticos, morales, sociales, políticos. Los gobiernos tiránicos y dictatoriales, para encubrir la ilegitimidad de su abolengo y los abusos que cometen, han tratado siempre de deslumbrar a los pueblos con grandes progresos materiales. En cambio desquician las instituciones y envilecen los caracteres.

La Italia del Renacimiento formaba una brillantísima constelación de pueblos de gran cultura intelectual y artística, pero que yacían en la más lamentable desorganización política, por lo que fueron fácilmente víctimas de la dominación extranjera. En la España del siglo de oro coinciden una dolorosa decadencia económica con un estupendo florecimiento literario y artístico. Los progresos de Inglaterra en el comercio, en la industria y en la técnica son manifiestos. También lo son en las ciencias, en la filosofía y en las letras; pero no cabe negar que han dado muy poco en materia de música. De los Estados Unidos del Norte se suelen ponderar sólo sus adelantos materiales. Es verdad que, si es posible hacer una comparación entre dos actividades de naturaleza tan diversa, son ellos superiores a los espirituales; pero en el juicio corriente hay mucho desconocimiento del movimiento intelectual, científico y filosófico de la gran república. Han sido de todos reconocidos los progresos literarios y poéticos de los pueblos tropicales de la América Española, a la vez que su atraso político, económico y científico.

b) El progreso depende del estado social anterior. En este orden de cosas, con más razón aun que tratando del ser humano individual, la naturaleza no da saltos. Los que suele dar son sólo aparentes. «El ser humano, dice Alexis Carrel, es comparable a un líquido viscoso que corriera a la vez en el espacio y en el tiempo. No cambia instantáneamente su dirección. Cuando se quiere obrar sobre él es menester pensar

en la lentitud de su movimiento propio. No debemos modificar brutalmente su forma como corregimos a golpe de martillo los defectos de una estatua de mármol. Únicamente las operaciones quirúrgicas producen cambios súbitos que son favorables. Y aun el organismo cicatriza lentamente la obra brutal del cuchillo. Ningún mejoramiento profundo del cuerpo se obtiene de manera rápida. Nuestra acción debe insinuarse en los procesos fisiológicos, que son el substrato de la duración, siguiendo su propio ritmo. Este ritmo de la utilización por el organismo de los agentes físicos, químicos y psicológicos es lento. No sirve de nada administrar a un niño de una sola vez una gran cantidad de aceite de hígado de bacalao. Pero una pequeña cantidad de este remedio dada cada día durante varios meses modifica las dimensiones y la forma del esqueleto. Los factores mentales no obran igualmente más que de una manera evolutiva. Nuestras intervenciones en la construcción de la personalidad estructural y psicológica no alcanzan pleno efecto si no se conforman a las leyes de nuestro desarrollo. El niño se parece a una corriente que sigue todas las modificaciones de su lecho. El arroyo conserva su identidad en medio de la diversidad de sus formas. Puede llegar a ser lago o torrente. La personalidad persiste en el flujo de la materia; pero crece o disminuye según las influencias que sufre (*).

(*) L'Homme, cet inconnu.

En virtud de la mayor complejidad del ser social el progreso de éste se halla condicionado aun más necesariamente que el del individuo por la herencia histórica, por las acumulaciones de todo orden debidas al esfuerzo de las generaciones anteriores. De aquí la mayor facilidad con que es posible llevar a cabo ciertas obras en los grandes centros y no en pequeños lugares apartados. De aquí también porque las revoluciones suelen ir seguidas de consecuentes reacciones cuyo fin es volver la sociedad al lecho en que se encontraba antes del estallido revolucionario y hacer posible una síntesis vital de lo antiguo aun vigoroso con lo nuevo asimilable para que el proceso histórico siga su desenvolvimiento normal.

c) Las diferentes funciones sociales influyen unas sobre otras recíprocamente, siendo mayor la acción de las más fundamentales. Así nos parece más posible que la situación económica de un país pueda traer cambios en su producción artística y no que ésta sea capaz de modificar de igual modo a la primera. Sin embargo, en muchas ciudades europeas, particularmente italianas, francesas, alemanas y españolas, el arte, en forma de reproducción de las obras de los grandes maestros y de los monumentos nacionales, se ha convertido en una verdadera industria, que influye de una manera muy apreciable en la economía nacional.

d) Un progreso definitivo, la constitución de la ciudad ideal en que no

haya cambios es una quimera. Por una parte, teóricamente cualquiera situación en un momento dado puede ser considerada susceptible de mejoramiento en algún sentido. Por otra, y esto es lo más cierto, la vida social, es un devenir perpetuo. Esta evolución no ha de significar necesariamente un progreso desde el punto de vista de los valores humanos. Nuestro universo es un universo de fuerzas, de corrientes de fuerzas que se entrecruzan y crean formas que llegan a alguna madurez y perecen. El universo humano no se sustrae por completo a esta condición. Lo que presenta de nuevo es que el hombre trata de insertar un sentido de valor espiritual consciente en el ejercicio de sus energías. Cuando los elementos de un organismo no tienen la posibilidad de mayor desenvolvimiento dentro de la línea que ha seguido ocurre la disolución de sus componentes y sobreviene un nuevo avatar de la vida en que se aprovechan las partes asimilables del organismo fenecido: destino común de los individuos, de los pueblos, de las instituciones y de las culturas. Tal vez gran parte de la sabiduría humana consiste en mantener cierta tranquilidad en medio de los movimientos sociales. Si el individuo se deja arrastrar completamente por ellos su personalidad se diluye en el mundo exterior, salvo cuando el alma se entrega al movimiento con la abnegación de un santo o de un héroe. Si el individuo se aparta demasiado, la personalidad, lejos de las corrientes de su tiempo, se atrofia.

e) No es posible inferir deducciones sociales con la precisión propia de las ciencias matemáticas, astronómicas, físicas y químicas. Los fenómenos sociales son demasiado complejos y se desenvuelven en medio de interferencias que se sustraen a ser calculadas en su totalidad. Toda acción colectiva o individual tiene que contar con algo incierto y contingente desde el punto de vista de la finalidad que se persigue y supone algo de intuición del lado del agente que ejecuta la acción. En todo momento de la vida se presentan perspectivas problemáticas.

f) El progreso está en razón directa de la dominación del hombre sobre la naturaleza y en razón inversa de la dominación o explotación del hombre por el hombre. Se ha expresado también esta modalidad diciendo «en razón directa de la lucha del hombre con la naturaleza y en razón inversa de la lucha del hombre con el hombre» (*). Esta segunda fórmula, que presenta con más relieve la idea, se presta en cambio a una objeción. La palabra lucha aplicada a la acción del hombre sobre la naturaleza resulta a veces un poco exagerada, porque lo que se quiere decir es que lo primor-

(*) Esta fórmula significa para mí un recuerdo muy particular. Cuando empecé mi carrera de profesor encontré en la ciudad adonde fui a trabajar un funcionario público muy intrigante. Reflexionando sobre sus actuaciones se me ocurrió el pensamiento anotado en segundo término. Poco después tuve la satisfacción de hallarlo expresado absolutamente en la misma forma en la obra de Mougelle, *Les problemes de l'histoire*.

dial del destino humano consiste en aplicar el trabajo a la naturaleza y estudiarla y conocerla para aprovecharla y defenderse de ella con buen éxito.

Por otra parte, no siempre la lucha del hombre con el hombre es motivo de retroceso. Los pueblos sojuzgados y oprimidos, las clases y los individuos perseguidos o explotados y, en general, todos los que sufren de injusticia han menester luchar para hacer respetar sus derechos, y en estos casos la lucha es necesaria y santa y no contraria al progreso. El hombre de estado que combate por reformas que considera justas o contra medidas que estima peligrosas, el magistrado austero que hace respetar la ley pese a influencias poderosas, el hombre de ciencia que encuentra en su camino la resistencia tradicional a la verdad nueva, el artista que no halla comprensión para su hallazgo de fresca belleza, tienen sin duda que luchar, y mucho, con los hombres, pero lo hacen movidos por ideales y valores espirituales y al amparo de estas banderas la lidia es laudable y propulsora del progreso.

No cabe decir lo mismo en otros casos. Nadie negará que la numerosa taifa de los bandidos, rateros, contrabandistas y estafadores no son propiamente favorable a adelanto de ninguna especie. Tampoco lo son los no menos numerosos tahures, gariteros, tratantes de blancas, etc. Todos estos hacen su vida rehuyendo el esfuerzo honrado y agrediendo al hombre. Lo mismo es aplicable todavía a otros que no figuran entre los delincuentes como aquellos y son los parásitos sociales de

toda clase, entre los cuales forman categorías sobresalientes los rábulas, los politiqueros, los intrigantes que medran al alero del poder. Muy semejante a este grupo hasta confundirse a veces con él, es el de los que se van a las grandes ciudades a bregar por empleos. Pasan a ser elementos de fricciones y de luchas que en nada contribuyen al progreso. Este se habría beneficiado si esos postulantes se hubieran dedicado a una industria o al cultivo de la tierra. Les ha faltado encarar la vida con una especie de sentido religioso del valor del trabajo y, en cambio, la han tomado por el lado cómodo de una frívola figuración y del pasarlo bien. Tales individuos forman en las capitales una especie de tumefacción demográfica que luego da lugar a un estado febricitante de fácil sobreexcitación política, cuyas consecuencias funestas, cual ocurre en el cuerpo humano cuando uno de sus órganos está enfermo, afectan después a todo el organismo nacional. O sea, así como por el hecho del simple amontonamiento de ciertos fermentos y explosivos prenden sin mayor razón con facilidad los incendios, parejamente el crecido número de aspirantes en las capitales a vivir de la política y de prebendas facilita las revoluciones, con perjuicio del resto del país que no se identifica con ellas y suele no estimarlas ni patrióticas ni necesarias.

Buscando ejemplos en lo más alto de la escala humana encontramos a Pasteur y a Edison como tipos representativos eminentes de esos hombres que se dedican a investigar las fuerzas de la naturaleza para aprove-

charlas y beneficiar a los hombres. Ambos, lejos de toda pequeña competencia con sus contemporáneos, aplicando a la observación y al estudio la consagración abnegada del genio, fueron grandes servidores de la humanidad por sus descubrimientos e inventos: el primero salvó las viñas y el gusano de seda de gérmenes patógenos que los amenazaban, encontró el remedio de la rabia y, fundando la microbiología y la seroterapia, hizo que empezara una nueva era para la medicina; el segundo con sus portentosas aplicaciones de la electricidad revolucionó la vida contemporánea. No desconocemos que cada hombre honrado hace lo que puede, o sea, lo que las circunstancias y su momento histórico, le han permitido. Tampoco que por las condiciones en que ha actuado háyase visto compelido a luchas que hubiera querido evitar. Pero ¿cómo dejar de ver que ni las figuras más brillantes de la política, de la diplomacia y de las fuerzas armadas, ni los llamados conductores de pueblos, ni los dictadores o grandes generales, presentan un aporte al progreso humano comparable al de Edison y Pasteur?

Cuando se habla del aprovechamiento de la naturaleza en cualquier sentido se trata de un hecho de carácter material. La explotación del hombre, fuera del desgaste de fuerzas materiales o corporales que implica, entraña además una opresión de facultades espirituales. Tal opresión desconoce el valor de esa proposición, formulada primeramente por Kant, según la cual en todo hombre se ha de ver siempre un fin y jamás un medio,

lo que constituye la expresión más acabada del respeto debido a la personalidad humana.

Pero si dejáramos este principio campeando solo sería perfectamente anárquico. Hay que completarlo con el de la organización social de que no se puede prescindir. La sociedad avanza hacia una mayor organización en todo sentido. El individuo se beneficia con ello, pero tiene que someter su conducta a fines colectivos. Esta antinomia de personalidad y organización no es más que otra forma de la que hemos señalado antes entre libertad y disciplina y, por cierto, que la solución que debe buscarse es de una armonía en que las finalidades sociales, cada día más imperativas, no ahoguen la espontaneidad individual en lo que tengan de legítimo para la felicidad personal y de fecundo para el enriquecimiento y perfeccionamiento mismo de la vida.

g) Sin esfuerzo no hay progreso. El hombre tiene que pagar con tribulaciones y sacrificios su avance en la vida. «¡Oh, Dios, tú nos vendes todo al precio del trabajo!», ha dicho Leonardo de Vinci.

Se comprende fácilmente que esto así sea en los países pobres; pero aun en aquéllos más favorecidos por sus riquezas naturales y la fertilidad de su suelo no se sustrae el hombre a la ley enunciada. La Mesopotamia fué un granero y un jardín en la antigüedad, mientras sus pobladores la supieron cultivar. En siglos posteriores, con el abandono de los hombres, el país se convirtió casi en un desierto. Lo que vemos en nuestros

días es que los países más adelantados deben su prosperidad, si bien a privilegios de su suelo, en gran parte sobre todo a la actividad de sus hijos apoyada en los prodigiosos recursos de la ciencia y de la técnica.

Mucho se discutió en el siglo pasado sobre si en las creaciones del progreso predominaba la acción anónima de las masas sociales o la de individualidades geniales. Sabido es que los sociólogos y muchos historiadores se han inclinado a aceptar la primera interpretación y que escritores de índole filosófica, como Emerson y Carlyle, han sido campeones de la segunda.

Después de lo que hemos dicho en el número anterior, casi no cabe discusión sobre este punto. El genio y la colectividad deben colaborar. En una sociedad inculta y sin preparación, el genio no sólo será estéril, sino que no alcanzará siquiera a manifestarse. Si suponemos a Cervantes y a Goethe nacidos entre los fueguinos o los sudafricanos, no habrían producido ni el más insignificante de sus versos, ni dos líneas de su prosa. Cualquiera sociedad, por otra parte, necesita de individualidades superiores que den forma y precisión a sus anhelos y la conduzcan a realizarlos. De otra suerte se haya expuesta a agitarse peligrosamente en medio de vaguedades, contradicciones y convulsiones.

Hay trabajos en que la balanza que pesa aproximadamente los ingredientes de la creación se inclina del lado del individuo. Así en la obra del poeta, del pintor, del escultor, del novelista, del hombre de letras y del filósofo se destaca sobre todo la labor personal,

original y autónoma. Hay otros en que la balanza se inclina del lado de la colaboración, como ser en las ciencias y en las empresas comerciales, industriales y propiamente sociales.

Mas en los trabajos del primer grupo tampoco se puede prescindir de la cooperación. Los filósofos y los escritores ofrecen un buen ejemplo de esto. No obstante la individualidad y originalidad que por lo común caracteriza a sus obras, celebran congresos periódicos.

Por lo demás, la idea nueva ha tenido que empezar, como queda dicho anteriormente, siendo la creación de algún espíritu individual, aunque al recibir aceptación de la sociedad se diluya en ella y sea tomada por innumerables colaboradores que la propulsan o transforman y la conducen a desarrollos imprevistos.

Digamos, por último, que cuando hablamos de esfuerzo no queremos significar trabajo penoso y menos aun trabajo que sea el sometimiento obligado a condiciones de injusticia o a algún género de explotación, sino labor llevada a cabo con perseverancia y entusiasmo. Para cada hombre, no sólo para el investigador científico o el industrial, el literato, el legislador o el profesional, sino también para el modesto obrero, su trabajo debe revestir un valor absoluto, como lo esencial de su vida y ha de ejecutarlo con devoción y amor de artista. Trabajando con este amor el alma humana puede encontrar lo que llaman los filósofos la infinitud en lo finito.